

Los Cazaventura y las momias de Atacama

Helen Velando

loqueleg

Ya caía la tarde en la vieja casona de la calle 121 Oeste, hogar de la familia Cazaventura. Un sol anaranjado se escondía detrás de las sierras, cada vez más grises a medida que se acercaba la noche. Algunas hojas habían comenzado a desprenderse de los árboles por la llegada del otoño y las calles se hallaban desiertas en Villa Serrana. El viento frío soplaba del sur y la gran casona de piedra estaba en silencio.

Cerca del ventanal que daba al campo, en el sofá verde de seis patas que había pertenecido al abuelo Juliano, Rolando Cazaventura se había estirado a lo largo y los pies le sobresalían del posabrazos. En su pecho descansaba algo peludo y gris que no era otra cosa que Hamlet, el gato, que aprovechaba para dormir una siesta.

Rolando, con los ojos cerrados en la semioscuridad del comedor, sintió nostalgia. Extrañaba las voces de sus hijos, Martín gritando “¡ya baaajooo!” antes de tirarse por el pasamanos de roble de la gran escalera y Julieta en el teléfono a las risas con sus amigas. También añoraba las pequeñas explosiones que se oían en el laboratorio del tío Benjamín, cuya puerta azul tenía enfrente, junto a la enorme estufa de piedra, y las palabras de

Amapola que le llegaban a menudo desde la cocina cuando le hablaba a Hamlet mientras le picaba trocitos de pollo antes de rellenar las empanadas. Y por sobre todas las cosas extrañaba la voz dulce y ronca de Isabel susurrándole al oído: “Mi amor, ya casi está pronta la cena, ¿te quedaste dormido, profesor Cazaventura?”.

8 Rolando abrió los ojos de golpe y se incorporó, lo que hizo que Hamlet dejara de ronronear, se cayera al piso y luego de un maullido de protesta se acomodara en la alfombra. El profesor Cazaventura aguzó el oído: la gran casona emitía sonidos, pero ninguno parecido a los que él añoraba. Una gotera en la canilla de la cocina, un crujido en el techo, un chirrido en la antena atmosférica que había instalado el tío Benjamín en el techo y que, sin lugar a dudas, estaba precisando aceite. De pronto oyó unos delicados pasos provenientes del laboratorio y por la puerta entreabierta del sótano asomaron los bigotes inconfundibles de Romualdo, el ratón, que aprovechó que Hamlet dormía para cruzar como un bólido y entrar a la cocina.

La araña de cristal que pendía sobre la mesa ovalada de roble tenía polvo, la biblioteca tenía polvo, hasta el retrato de casamiento de Amapola y Benjamín que estaba sobre la repisa de la estufa a leña tenía polvo. El culpable había sido un vendedor de rifas que, sin conocer el efecto del gong que había instalado el tío Benjamín, apretó el timbre como si se tratara de cualquier casa. Pero aquella no era una casa común: era la casa de la familia Cazaventura y, por lo tanto, las cosas más comunes, como el timbre, podían llegar a ser las más extrañas. El gong, aquel maravilloso invento del

tío, hacía vibrar todas las paredes de piedra y el techo crujió, provocando que desde las altas vigas se desprendiera un polvillo que hacía estornudar hasta al perro, y eso que los Cazaventura no tenían perro.

El profesor se alisó el pelo, se acomodó la cola de caballo y se estiró la barba, luego se desperezó y fue a prender la luz de su escritorio. Lo mejor sería distraerse con algo, como, por ejemplo, estudiar un cascarudo regordete y negro que invadía los pueblos costeros en verano. Rolando Cazaventura estaba tratando de descifrar el porqué de esa migración que llenaba las playas y las calles con miles de oscuros y gordos cascarudos que espantaban a los lugareños y los turistas. En eso estaba cuando creyó oír un ruido en el laboratorio. Soltó las pinzas y el cascarudo quedó apoyado otra vez en un trocito de vidrio debajo del lente del microscopio.

El ruido había desaparecido; sin embargo, una fuerza imperiosa hizo que Rolando se levantara y caminara hacia la puerta azul del sótano. En la casa no había nadie: Isabel y los niños habían viajado tres días atrás a Perú —Isabel iba a Cuzco y Julieta y Martín aprovecharon la invitación de la familia de su amigo Salvador para ir a Lima—, en tanto el tío y su esposa, Amapola, habían viajado dos días antes a Santiago de Chile. Por lo tanto, el profesor Cazaventura estaba solo; por eso tomó un florero de la repisa de la estufa, previendo que se tratara de algún intruso.

Abrió con la punta del pie la puerta entornada y bajó los escalones de piedra con sigilo, intentando no hacer el menor ruido. La luz que se filtraba por la banderola con vitrales apenas alcanzaba a mostrar la mesa de trabajo

del tío Benjamín, los futuros inventos, la caja con los discos de pasta, el viejo tocadiscos, la colección de pipas en la estantería y... De improviso el sonido reapareció, lo que hizo que Rolando hiciera dos movimientos rápidos con el florero como si se tratara de un arma ninja. Por la banderola abierta, el viento movía varios papeles de la biblioteca que tenían encima una cajita gris. El profesor se tranquilizó y dejó el florero sobre la mesa, y para restarle importancia dijo en voz alta:

10 —¡Era solamente el viento, Rolandito!

Estaba punto de cerrar la banderola tirando de la cuerda que había colocado su tío para alcanzarla, cuando reparó por primera vez en la cajita que aprisionaba los papeles. Como atraído por un poderoso imán se acercó a la biblioteca y la tomó. Era pequeña y la abrió con delicadeza; dentro había tres flores secas atadas con algo que parecía ser una vieja tela, casi deshecha por el tiempo, y una tarjeta.

La banderola se cerró sola por la fuerza del viento, el profesor se sobresaltó y la cajita cayó de sus manos. La tela y las flores casi se desintegraron, como si fueran de arena y sal.

Rolando no tuvo tiempo de juntar lo que había quedado en el piso porque oyó el repiqueteo del teléfono en el comedor. Subió corriendo las escaleras, cerró de un portazo el laboratorio y atendió el aparato que estaba sobre su escritorio.

—Ho... la —jadeó.

—¿Sobrino? ¿Qué te pasa? ¿Estabas corriendo a Romualdo o se te quemaban las tostadas?

